

RETIRO: VIA LUCIS – TOMÁS Y LOS QUE CREAN SIN HABER VISTO

(Extraído de la revista ORAR nº 174 – A. Pronzato – DABAR – B. Caballero – La Casa de la Biblia)

VER:

Como estamos diciendo este ciclo pastoral, algo que nos achacan a los cristianos en general y a los católicos en particular es que damos mucha importancia a la Cruz, al dolor... pero no lo contrapesamos con aquello que da sentido al dolor y a la Cruz: la Resurrección de Jesús.

Hay una gran devoción popular con tradición desde la edad media, que es el Via Crucis (el camino de la cruz). En él se recorren los momentos más sobresalientes de la Pasión y Muerte de Cristo: desde la oración en el huerto hasta la sepultura de su cuerpo (cf. "Via Crucis según los relatos evangélicos"). Pero ésta es la primera parte de una historia que no acaba en un sepulcro, ni siquiera en la mañana de la Resurrección, sino que se extiende hasta la efusión del Espíritu Santo y su actuación maravillosa.

Desde el Domingo de Pascua hasta el de Pentecostés hubo cincuenta días llenos de acontecimientos, inolvidables y trascendentales, que los cercanos a Jesús vivieron intensamente, con una gratitud y un gozo inimaginables.

De igual forma que las etapas de Jesús camino del Calvario se han convertido en oración, queremos seguir también a Jesús en su camino de gloria. Éste es el sentido último de esta propuesta una invitación a meditar la etapa final del paso de Jesús por la tierra.

El Via Lucis, "camino de la luz" es una devoción reciente que puede complementar la del Via Crucis. En ella se recorren catorce estaciones con Cristo triunfante desde la Resurrección a Pentecostés, siguiendo los relatos evangélicos.

Se incluye también la venida del Espíritu Santo porque, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: "El día de Pentecostés, al término de las siete semanas pascuales, la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina" (n.731).

La devoción del Via Lucis se recomienda en el Tiempo Pascual y todos los domingos del año que están muy estrechamente vinculados a Cristo Resucitado.

Hoy contemplaremos al Apóstol Tomás, que necesita poca presentación porque es muy conocido por nosotros por su incredulidad inicial ante el hecho de la Resurrección de Jesús. ¿Quién de nosotros no se ha identificado en más de una ocasión con Tomás? ¿A quién no le gustaría poder "ver y tocar" a Jesús? A Tomás le costaba creer, lo deseaba pero después de lo que había pasado ya no se creía nada. Por eso, en un primer momento, vamos a centrarnos en Tomás.

Para la reflexión:

- ¿En alguna ocasión me he identificado, o me identifico, con la experiencia de incredulidad de Tomás? ¿Por qué?
- ¿Ha habido o hay algo en mi vida que me hace decir "no me creo nada" de todo lo referente a la fe en la Resurrección?
- ¿Qué me gustaría poder "ver y tocar", porque pienso que así mi fe se fortalecería?

JUZGAR:

Del Evangelio según san Juan (20, 24-29)

Tomás, uno de los doce, llamado El Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: - Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: - Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: - ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: - ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Este fragmento narra una segunda aparición de Jesús a los ocho días de su Resurrección. Es muy significativo que lo que narra el Evangelio ocurra en domingo, “el primer día de la semana”. Ése era el día en el que los primeros cristianos recordaban la Resurrección de Jesús y se reunían para celebrar la Eucaristía.

Esta nueva aparición tiene un destinatario más en particular: el Apóstol Tomás, que no estuvo presente en la primera aparición y se resistía a creer a sus compañeros. De hecho, los destinatarios de esta narración somos todos nosotros, por la conclusión que pronunciará Jesús al final de la escena.

El texto arranca, pues, con un problema, planteado con crudeza por Tomás: “Si no veo... no creo”. Él exige pruebas fehacientes. El testimonio de los testigos oculares no le basta. También él quiere ser testigo ocular.

Tomás no ha participado de la misma experiencia que el resto del grupo en la primera aparición de Jesús Resucitado. Tomás no hace caso del testimonio de sus compañeros y exige pruebas palpables de que el Señor está vivo. De modo significativo, el relato insiste en que “no estaba con ellos cuando se apareció Jesús”. De este modo el evangelista indica la importancia de la comunidad como lugar privilegiado para vivir e interpretar la experiencia pascual. Para Tomás, esta experiencia se produce cuando se reintegra a la comunidad.

Así pues, el domingo siguiente Jesús se hace presente, sin que su presencia obedezca a leyes físicas. Irradia y transmite paz e invita a Tomás a ser el testigo ocular que quería ser. Sólo así cree Tomás, a lo que Jesús añade que se puede creer en Él sin haber sido testigo ocular de su vida.

El significado de esta escena gira en torno a la relación entre “ver” y “creer”. Tomás es un modelo paradójico de fe. Pues si en un principio es paradigma de la incredulidad, de la duda y de la crisis racionalista, hoy tan frecuente, posteriormente es modelo de fe absoluta, cuando Jesús, al aparecer por segunda vez, invita a Tomás a realizar sus comprobaciones empíricas.

Y es entonces cuando de labios de Tomás, antes incrédulo y ahora creyente, brota la más alta confesión de fe en Cristo que leemos en todo el Nuevo Testamento: “¡Señor mío y Dios mío!” Su fe va más lejos y afirma mucho más de lo que está viendo, porque lo que está experimentando no es fruto de la razón ni de la evidencia, sino de un corazón rendido de amor.

Tomás está en crisis, no logra creer como creen los demás, no se fía de la palabra de los otros testigos y por eso dice: “**Si no veo... no lo creo.**” Pero Jesús, ante su crisis de fe, no le apunta con un dedo amenazador. Al contrario, invita provocativamente al Apóstol, reacio a creer, a meter el dedo en sus heridas. O sea, invita a Tomás a ver y a tocar los signos de un Amor que se ha manifestado en el Calvario y que no decae, y que se ofrece pacientemente a todos, también a los que les cuesta creer.

Después de la confesión de fe de su discípulo, Jesús concluye: “**¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.**” Con esto está diciendo Jesús que la fe no es la conclusión de una demostración o de un raciocinio. Hemos de añadir esta nueva Bienaventuranza, la de la fe, a las ocho del discurso del monte. Está dicha para nosotros que no hemos visto a Cristo y lo amamos, no lo hemos conocido personalmente y creemos en Él como fundamento de nuestra esperanza.

Para la reflexión:

- ¿Mi Equipo de Vida, comunidad parroquial, asociación o movimiento, me ayuda a encontrarme con Jesús Resucitado? ¿Se nota su presencia entre nosotros? ¿Por qué?
- ¿Me he sentido, como Tomás, distanciado de otros creyentes porque pienso que no tengo la fe que ellos tienen? ¿Qué he hecho en esos momentos?
- Jesús invita a Tomás a tocar las llagas como signo de su amor. ¿Qué “llagas” o signos de amor de Jesús en mi vida debería volver a “tocar” para recordarme su presencia?

Nosotros, como Iglesia, estamos invitados a preguntarnos: cuando alguno no cree nuestra palabra, ¿qué tenemos que presentarle? El dedo amenazador jamás ha salvado a nadie, jamás ha constituido un argumento convincente. Debemos más bien mostrar los signos del amor de Cristo Resucitado que se derrama sobre todos.

La página del Evangelio muestra también un elemento esencial: el crecimiento en la fe. Todos los que formamos la Iglesia llegamos progresivamente, en medio de dudas, perplejidades, extravíos, rechazos... a la confesión de fe de Tomás: “**¡Señor mío y Dios mío!**”

Además, quienes formamos la Iglesia estamos encargados de ejercer una pedagogía de la fe. Una pedagogía que no es una planificación de la fe, con esquemas obligados, tiempos de maduración rígidamente prefijados, vencimientos definitivos. La fe es obra del Espíritu en el corazón de cada persona, es un proceso, no el producto de una cadena de montaje.

Al favorecer el crecimiento de la fe, la comunidad debe tener en cuenta los ritmos, las exigencias, los itinerarios de cada uno. Crecimiento no quiere decir ni mucho menos adiestramiento. La meta final es la misma para todos: “**¡Señor mío y Dios mío!**”. Pero los caminos para llegar son muy diferentes.

La Iglesia no es para los “perfectos en la fe”; además, ¿quiénes son?, ¿qué es una fe perfecta? La Iglesia tiene las puertas abiertas de par en par para los que buscan, se preguntan, luchan, se debaten en la incertidumbre, caminan a trompicones... En la Iglesia hay espacio para los que llegan primero, pero también para los que van llegando “más tarde”.

Por último, no debemos olvidar que, para muchos, la dificultad de creer no viene de la invisibilidad del Resucitado. La gran dificultad, el impedimento, muchas veces está en la visibilidad que ofrecemos los cristianos. A veces podríamos decir parafraseando el Evangelio: “**Dichosos los que crean a pesar de haber visto.**”

Para la reflexión:

- ¿He experimentado ese paso de “incrédulo a creyente”? ¿Cómo fue el proceso?
- ¿Entiendo y respeto los ritmos de crecimiento en la fe de otras personas? ¿Qué hago para acompañarles?
- Para muchos, la dificultad de creer está en la visibilidad que ofrecemos los cristianos. A veces podríamos decir parafraseando el Evangelio: “Dichosos los que crean a pesar de haber visto”. Traigo a la oración algunos hechos que ratifiquen esta afirmación.

ACTUAR:

El evangelista Juan escribía pensando en muchos cristianos que, como Tomás, se tambaleaban en sus convicciones y necesitaban ser fortalecidos. Como hemos dicho al principio, a nosotros no nos cuesta mucho identificarnos con él, porque también atravesamos nuestras crisis de fe.

El Apóstol Tomás encarna unas actitudes muy actuales y siempre perennes ante la fe: el racionalismo y la comprobación positiva, aplicados al objeto de la fe. Ante las dudas o crisis de fe aflora, incluso en los creyentes, la tendencia a buscar pruebas y seguridades. Advertimos que en el fondo de nuestro ser existe resistencia a creer; eso es lo que provoca la incredulidad del creyente.

No cabe duda de que la fe en Cristo muerto y resucitado es el núcleo central del mensaje cristiano al que la fe se refiere constantemente como a su fuente original. Conscientes de esto, percibimos que ser creyente entraña muy serias consecuencias prácticas, pues no queda en la pasividad teórica del “yo no lo comprendo pero creo”.

Surge la tensión dialéctica, no exclusiva de Tomás, entre fe y razón, fe e incredulidad, fe e inseguridad, fe y oscuridad. Entonces, “lógicamente” pedimos luz y pruebas para creer y aceptar a Dios en nuestra vida personal, moral, afectiva, familiar, social, laboral o de negocios.

Estamos tentados a sentir cierta envidia de los Apóstoles que tuvieron la experiencia personal de Cristo Resucitado. Sin embargo, en cierto sentido, nuestra fe tiene más mérito y nuestra fortuna es mayor al ser herederos de la Bienaventuranza de la fe que brotó de labios del propio Jesús cuando concluyó su conversación con Tomás: “¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”.

Como a Tomás, nos cuesta creer por miedo al riesgo, por falta de compromiso y generosidad. En definitiva, por falta de amor a Dios y al prójimo. Por eso, en la medida en que tomamos contacto con el dolor y el sufrimiento de los hermanos enfermos, pobres, humillados y oprimidos, descubriremos al Señor en sus miembros. Sin verlo físicamente, lo veremos por la fe y creeremos en Él. “¡Dichosos los que crean sin haber visto!”.

La experiencia de Tomás nos invita a que, a pesar de nuestras crisis, aprendamos a sentimos felices de “creer sin haber visto” y procuremos renovar constantemente nuestro encuentro con el Señor. Necesitamos, como hizo con sus primeros discípulos, que Él nos libere de nuestros miedos y nos comunique su Espíritu para poder ser sus testigos.

No haber convivido con Jesús no es una desventaja para creer en Él. Hoy podemos creer en Jesús Resucitado lo mismo que lo hicieron los testigos oculares. Hoy podemos seguir descubriendo en Jesús al Hijo de Dios. Hoy podemos vivir la vida misma de Dios.

Jesús continuará actuando en nuestro mundo a través de la actividad y la predicación de los que abracen la fe en Él. La forma ordinaria de acceder a Jesús Resucitado no será la de ser testigos oculares; ese privilegio se acaba con Tomás. A partir de él, Jesús proclama dichosos a los que crean sin haber visto; es decir, los que crean por la predicación de los que han experimentado a Jesús en sus vidas.

Tirando del ovillo, llegamos al testimonio de los que fueron testigos oculares, pero en estos dos mil años la fe en Jesús se transmite mediante la enseñanza del que lo encuentra y lo experimenta en su vida. Por eso la fe no se calla, se comunica.

Para tener la experiencia de Tomás, debemos acercarnos a donde sabemos que Jesús puede hacerse presente. Por muy cerradas que estén nuestras puertas, en todos los anocheceres de nuestra vida, Jesús viene a nuestro encuentro, Él quiere y puede entrar en nuestra vida, se pone en medio, como una fuente de vida, y nos regala la paz. Es un primer signo de su presencia.

Miremos las manos y el costado de Jesús. Son las señales de la cruz, pero también las del amor y de la victoria sobre el mal, el pecado, la desesperanza y cualquier muerte. Con ellas podremos caminar del miedo al anuncio misionero, del individualismo a la universalidad. Alegrémonos al ver estos signos de la presencia del Señor.

Vivamos nuestra fe en comunidad. La comunidad no es un accesorio, sino una necesidad para que descubramos la presencia de Jesús; en ella podemos oír, ver, tocar la fe de nuestros hermanos. Su testimonio nos va a recordar constantemente: “**Hemos visto al Señor**”.

La incredulidad de Tomás da paso a la adoración: “**¡Señor mío y Dios mío!**” Son palabras que sólo pueden pronunciarse sinceramente cuando estamos convencidos de que Jesús Resucitado nos acompaña. Ojalá que al final de nuestro retiro de hoy brote esa misma expresión de adoración porque, como Tomás, nos sentimos también nosotros en presencia real de Jesús Resucitado.

Para la reflexión:

- La fe en Cristo Resucitado es el núcleo central del mensaje cristiano: ¿a qué me compromete ser creyente? Busco ejemplos prácticos.
- ¿Por qué pienso que me/nos cuesta tanto creer de verdad?
- ¿Me siento “dichoso por creer sin haber visto”? ¿Soy un testigo creíble? ¿Por qué?
- ¿Qué signos de la presencia de Jesús Resucitado descubro a mi alrededor?
- Hago oración con las palabras de Tomás: “**¡Señor mío y Dios mío!**”

RETIRO: VIA LUCIS – TOMÁS Y LOS QUE CREAN SIN HABER VISTO

(Extraído de la revista ORAR nº 174 – A. Pronzato – DABAR – B. Caballero – La Casa de la Biblia)

VER:

- ¿En alguna ocasión me he identificado, o me identifico, con la experiencia de incredulidad de Tomás? ¿Por qué?
- ¿Ha habido o hay algo en mi vida que me hace decir “no me creo nada” de todo lo referente a la fe en la Resurrección?
- ¿Qué me gustaría poder “ver y tocar”, porque pienso que así mi fe se fortalecería?

JUZGAR:

Del Evangelio según san Juan (20, 24-29)

Tomás, uno de los doce, llamado El Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: - Hemos visto al Señor.

Pero él los contestó: - Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: - Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: - Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: - ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: -¿ Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Para la reflexión:

- ¿Mi Equipo de Vida, comunidad parroquial, asociación o movimiento, me ayuda a encontrarme con Jesús Resucitado? ¿Se nota su presencia entre nosotros? ¿Por qué?
 - ¿Me he sentido, como Tomás, distanciado de otros creyentes porque pienso que no tengo la fe que ellos tienen? ¿Qué he hecho en esos momentos?
 - Jesús invita a Tomás a tocar las llagas como signo de su amor. ¿Qué “llagas” o signos de amor de Jesús en mi vida debería volver a “tocar” para recordarme su presencia?
-
- ¿He experimentado ese paso de “incrédulo a creyente”? ¿Cómo fue el proceso?
 - ¿Entiendo y respeto los ritmos de crecimiento en la fe de otras personas? ¿Qué hago para acompañarles?
 - Para muchos, la dificultad de creer está en la visibilidad que ofrecemos los cristianos. A veces podríamos decir parafraseando el Evangelio: “Dichosos los que crean a pesar de haber visto”. Traigo a la oración algunos hechos que ratifiquen esta afirmación.

ACTUAR:

- La fe en Cristo Resucitado es el núcleo central del mensaje cristiano: ¿a qué me compromete ser creyente? Busco ejemplos prácticos.
- ¿Por qué pienso que me/nos cuesta tanto creer de verdad?
- ¿Me siento “dichoso por creer sin haber visto”? ¿Soy un testigo creíble? ¿Por qué?
- ¿Qué signos de la presencia de Jesús Resucitado descubro a mi alrededor?
- Hago oración con las palabras de Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”



ORACIÓN CONTEMPLATIVA

Gracias, Señor, porque resucitaste, no sólo con tu alma, sino también con tu carne.
Gracias porque quisiste regresar de la muerte trayendo tus heridas.
Gracias porque dejaste a Tomás que pusiera su mano en tu costado y comprobara que el Resucitado es exactamente el mismo que murió en la Cruz.
Gracias por explicarnos que el dolor nunca puede amordazar el alma y que cuando sufrimos estamos también resucitando.
Gracias por ser un Dios que ha aceptado la muerte.
Gracias por no avergonzarte de tus manos heridas.
Gracias por ser un hombre entero y verdadero.
Ahora sabemos que eres uno de nosotros sin dejar de ser Dios.
Ahora entendemos que el dolor no es un fallo de tus manos creadoras.
Ahora que Tú lo has hecho tuyo comprendemos que el llanto y las heridas son compatibles con la Resurrección.

Déjame que te diga que me siento orgulloso de tus manos heridas de Dios y hermano nuestro.
Deja que entre tus manos crucificadas ponga con esperanza estas manos humanas

Señor mío, y Dios mío

<https://youtu.be/QID8ixOqPBw>

Jaime García

Creo, Señor,
pero aumenta mi fe,
mi fe en tu Resurrección.

No necesito verte
para creer
te siento en todo mi ser.

Quiero encontrarme contigo,
dejarme envolver por tu amor,
besarte tus manos heridas
Señor mío y Dios mío.

En tu costado, Señor,
me quiero esconder,
muy cerca de tu corazón.

Beber Sangre y Agua
que brotan de Ti,
ríos que calman mi sed.

Quiero encontrarme contigo,
dejarme envolver por tu amor,
besarte tus manos heridas
Señor mío y Dios mío. (bis)

